

La España de los Botefraga

En ocasiones bufón y otras demagogo, Alfredo Amestoy aparece, sistemáticamente, en la pequeña pantalla. Es una de sus figuras obligadas. Como Martín Ferrand, o Gaby, Miliki y Fofito. Esta semana pasada, en los espacios libres que ha ido dejando "La invasión de Checoslovaquia" (aparecida en seis programas diferentes), se ha experimentado una serie que pretende ser un documento-reportaje. "Docudrama", en la esperpéntica jerga de Amestoy. El experimento consiste en atormentar, día a día, al contribuyente con las aventuras soporíficas de la familia Botefraga, un clan de emigrantes salidos de Villanueva de la Vera y esparcidos por Barcelona, Madrid, País Vasco y Alemania. Un castigo veraniego de costosa realización que exigiría la intervención de un comité especial para, en el futuro, controlar esos gastos abrumadores. Intenta ser un ataque a la "democracia". Se queda en una farsa inaceptable. Pero la intención de Amestoy es clara. No obstante, ¿cuánto nos ha costado a los españoles los Botefraga?

FERNANDO GONZALEZ

factor deformante. A ello, naturalmente, hay que añadir la tendenciosidad del montaje y el guión. Porque, desde luego, los Botefraga actúan —malamente, por cierto— con un esquema preestablecido, facilón, tópico, que resta naturalidad a su intervención.

UN "ALANGISTA".

Son los Botefraga, según nos lo presenta Amestoy, una familia que, como otras cinco mil españolas, ganan entre mil y dos mil pesetas diarias "y quieren más". Sin capacidad para presentar el cuadro general, ni los parentescos que ligan a los Botefraga de Villanueva de la Vera, en Extremadura, con sus parientes de Barcelona, Madrid, País Vasco o Frankfurt, Amestoy se refugia en los personajes tópicos que, a manera de **partenaire**, le permiten "ofrecer el número" a los televidentes. En los dos primeros capítulos se le ve dar largos paseos con el enterrador de Villanueva, renqueante, apoyado en un alto voral, que representa a la perfección el papel de "ingenuo" de los circos finiseculares. Junto a ese clown, Amestoy es el Augusto, cómplice entre el espectador y el "tonto". En ocasiones se vuelve hacia el objetivo de la cámara en un vano intento de mimetizar a Woody Allen. Pero el espectador, por lo general, "no juega".

Cuando ya ha quemado todos los gags posibles con el enterra-

dor, Amestoy presenta ante las cámaras al tío Timón, desdentado y refranero. Amedrentado y sumiso. Ahí se luce en largas conversaciones ante la lumbre, mientras el viejo asiente:

—I zeño, yo era alangista (la fonética del tío Timón es compleja, ya que a sus características extremeñas une la imposibilidad de pronunciar las labiales y dentales).

Hay momentos en los que Amestoy recuerda la mítica figura de Victoriano Fernández-Asís, cuando en la televisión del franquismo hacía moriquetas para lanzar su pregunta capciosa. Amestoy se retuerce, toma fuerzas y, finalmente, se engalla:

—Así que la guerra no sirvió para nada.

Timón no se atreve a negar algo tan complejo y farfulla excusas. Es de nuevo Amestoy-Augusto el que insiste:

—Es que la gente decía que los que luchaban con Franco se beneficiaban...

Timón: "Pues ná, ná de ná". Parecería lógico que, para estudiar el entorno de los Botefraga, o en ese momento concreto de Timón Botefraga, se inquiriese cuáles eran las familias que realmente en Extremadura se beneficiaron "luchando con Franco". Hay sobrados y conocidos ejemplos que van desde los grandes terratenientes cacereños hasta los privilegiados particulares del Plan Bada-



Cuando ya ha quemado todos los "gags" posibles con el enterrador, Amestoy recurre a otros "tontos". En la fotografía, preparando el guión cerca del cementerio de Villanueva de la Vera.

UN MESTIZO.—Hay quien asegura que lo más desagradable de Alfredo Amestoy es su tonillo reticente en el que se advierten resabios de convento, de represión contenida, casta y abacial. Hay, sin embargo, quienes opinan que lo más repetente del Amestoy televisivo es ese papel equívoco de "Emilio-Romero-Menor", en el franquismo. Y aun ahora, en la prolongación "democrática" de RTVE. También existen partidarios de considerar a Amestoy como un "clown" local, una especie de Woody Allen frustrado, sin capacidad intrínseca para llegar al genio. Finalmente algunos, eso sí, cada vez menos, consideraban que el gesticulante presentador era un personaje "simpático". Ahora ya no caben dudas.

La serie "La España de los Botefraga" (que ya se perfila como la España de los Botefraga) ha venido a despejar incógnitas. No cabe la menor vacilación. Amestoy es, fundamentalmente, un resultado póstumo

del mestizaje de Falange y Opus Dei, un hijo adulterino (mental, desde luego) de Carrero Blanco y Raimundo Fernández-Cuesta. Es, y lo está demostrando palpablemente, un residuo marginal al que ya no sería posible —dentro de una imaginaria óptica democrática— ofrecer otra oportunidad. Esto no quiere decir que RTVE, naturalmente, no le siga facilitando la realización de costosos programas a cuenta del nuevo contribuyente. Incluso ahora, que ha probado fehacientemente su ineficacia, no sería de extrañar que alcanzase un puesto estelar en el futuro "democrático" que nos acecha.

El mundo de los Botefraga (en el momento en que ya ha transcurrido ante la pantalla la mitad de la serie) es pastoso, denso, casi ininteligible. La idea, ya bastante manida en los Estados Unidos y Europa, de develar a nuestra sociedad a través de una familia de origen rural, ha caído aquí en la más burda de las realizaciones. El intento individualista es ya en sí un

joz. Pero Amestoy se queda en la superficie... "es más gracioso".

De Extremadura, en confusas imágenes, se salta a Madrid, donde un taxista circula "casualmente" ante las Cortes y afirma: "Todos los políticos son iguales". Es, naturalmente, otro Botejara. Las escenas del taxi, posiblemente las peores, de momento, de la serie, demuestran palpablemente que el diálogo ha sido añadido posteriormente y no se han cuidado los realizadores de sincronizar el sonido y el movimiento de labios del taxista. Un vaivén de cámaras (una dentro del taxi y otra desde el exterior) dan idea de prefabricación de la escena, ya de por sí tediosa.

UN ACRATA.—El interés fundamental del guionista estriba en demostrar que "todos los políticos son iguales", aunque don Valentín (un capitán retirado de la Guardia Civil traído al programa por los pelos) se encarga de aclarar que todos son iguales, "excepto Franco". Un

des —dice la madre, sorbiendo la sopa.

—No, eso es a Felipe.

—Es igual, son lo mismo, los que ha habido, los que hay y los que vengan.

Hilario, que también tiene dificultades con el idioma y la fonética, es presentado por Amestoy como afiliado a Comisiones Obreras, pero votante de UCD. Sin embargo, es visto, unas escenas después, marchando junto con su hijo, el ácrata, en una manifestación de la CNT.

A partir del capítulo tercero, en el que plantea demagógicamente la problemática Franco-Rey, la serie es insostenible. El "tribunal de la camilla", formado por un grupo de viejas Botejara, rememora, posiblemente sin que el guionista tenga parte, al "consejo de la camilla" que tantos puestos repartió en España, formado por Carmen Polo y algunas damas en El Pardo. Las Botejara, por exigencias del guión, son eclécticas, aceptaron a Franco en su día, ahora al Rey ("es un buen mozo") y a quien venga. "Pongan a quien

tables planos fijos en los que don Valentín, Pepe Timón Botejara (ordenanza del SEREM en Madrid) o los tres hijos **charnegos** de Manuel, en Barcelona, repiten tópicos sobre la propiedad, la vivienda, la inutilidad de los políticos o el paro.

Hay un error fundamental que ya se comienza a perfilar a partir del tercer capítulo. Error por parte de elementos de izquierda —como un grupo de abogados laboristas de Barcelona— que, al acceder a aparecer en la serie de Amestoy, corren el riesgo, después comprobado, de servir de blanco de todas las protestas. Hacen casi el mismo juego lamentable que Francisco García Salve con su columna en **El Imparcial**. La izquierda española aún tardará años en aprender.

Hilario, actuando de provocador, asiste a una reunión de laboristas de CC. OO. No les deja hablar. Insiste, mediante gritos y gestos, en que "todo sigue igual". Golpea en la mesa y ahoga a todos con sus palabras. Los laboristas, obligados al ridículo papel de comparsas, sonríen tímidamente para

UN PRESERVATIVO.—Iniciada un lunes, antes de unos soporíferos "Diálogos constitucionales" —lo que parecía confirmar la tesis de la serie—, la aborrecible España de los Botejara, finaliza en su primera semana con la experiencia alemana. El tema es demasiado grave, el de la emigración, como para ser resuelto entre Amestoy —que en ocasiones aparece en la pantalla disfrazado de guerrillero con boina a lo "Che" y zamarra de cuero negra— y dos cuñados casados con sendas sumisas y sufridas Botejaras.

Las Botejaras reunidas en Frankfurt, se quejan de que las alemanas "son muy libres y no se conforman con un solo hombre". Hay una horripilante escena a la que se presta un cura español de la emigración en la que paternalmente **riñe** a los protagonistas porque se quejan del "impuesto religioso en el trabajo". Después, con Amestoy, los dos maridos-payasos se dedican a comprar preservativos o a visitar tiendas pornos, en un alarde de "pastichismo". Claro que en ese punto, quinto capítulo, el espectador ya ha abandonado la serie, incapaz de seguir la falta de trabazón y su incoherencia absoluta.

Después del fracaso de algunos de sus programas, Amestoy había reaparecido fugazmente en uno de los peores y más caros que realiza RTVE, 300 millones, en el que actuaban, además, Lalo Azcona y Luis María Ansón, rivalizando con Amestoy en la pesadez y falta de naturalidad de los "encuentros con los países latinoamericanos". Parecería que Amestoy estaba definitivamente arrumbado en los estudios de RTVE cuando junto con los anteriores desapareció. Sin embargo, estaba **trabajando** en la serie de los Botejara. Planteada desde una óptica reaccionaria —aislar al individuo del medio hasta ridiculizarlo—, la serie resultaría peligrosa para la estabilidad "democrática" si alcanzase a conectar con el espectador. La pésima reallización de Luis Leal Soto, la nula creatividad del guión y la monotonía de los bustos parlantes repitiendo tópicos, neutralizan esa peligrosidad intencionada.

La mitad de la serie finaliza con una edición actualizada de los diálogos de Moscardó con su hijo. Esta vez llevado a cabo desde Frankfurt. "Padre, me escuchas". "Sí, hijo", etcétera. Si Amestoy insiste en destacar que todos los políticos son iguales y que, por tanto, no merece la pena tomarlos en serio, lo único que consigue es demostrar que el que continúa igual es él. Insoportable. ■



"El tribunal de la camilla" es, por exigencias de guión, ecléctico y convencional.

joven Botejara en Barcelona, el hijo de Hilario, vuelve a insistir cuando su padre, con muy poca naturalidad, plantea el tema del hambre en los años cuarenta:

—Todos son iguales, Franco y compañía, y los dirigentes de izquierdas no te creas que pasaban hambre. ¡Como que te crees tú que el Carrillo estaba en Moscú tocándose la peral! —Le han regalado un Merce-

pongan hay que obedecer". En el cuarto capítulo el espectador hace un gran esfuerzo para seguir los saltos de cámara en el espacio y en el tiempo. No hay acción, ni ligazón entre los personajes. Hay bustos parlantes que monologan con sus mujeres (ellas, por su parte, monologan, a su vez, repitiendo el guión aprendido). El lenguaje es paternalista, fundamentalmente con los "tontos" con los que aparece Amestoy. Hay insopor-

componer el tipo. Siempre, al final, se retorna al pueblo, a Villanueva de la Vera, para que don Valentín o el cura (al que se le hace representar una equívoca posición de **progre**), den las respuestas definitivas. El viejo capitán retirado insiste en que lo importante es trabajar, trabajar y trabajar. "Ahora —dice— tenemos políticos pequeños, hablan, hablan, hablan". Exactamente igual que Amestoy.